

Ceferino P. Merbilhaa ❀

CRÓNICA DE UN VIAJE AL PAÍS DE MI INFANCIA

CÓMO EMPRENDÍ ESTE VIAJE

CUANDO vinimos a la ciudad, el niño que yo había sido ya no existía. Y mi pueblo, abandonado en algún punto del espacio como el hatillo de las prendas que no podría usar nunca más, se fue borrando de mi memoria.

Lentamente pasaron mi adolescencia y mi juventud. Estudié, viajé, olvidé.

Muchos años después, en pleno ejercicio de la abogacía, volví, sin reconocer en el escenario de los conflictos que venía a resolver, aquel remoto caserío rural de mi infancia. El "progreso" había cambiado la decoración.

Mas, un día en que, como tantas veces, atravesaba la comarca sin verla, encapsulado en mi automóvil y en mis pensamientos, una "panne" imprevista despertó mi conciencia y rasgó la membrana que la separaba del ámbito exterior. Miré hacia el campo para precisar mi ubicación y revelar en el cuarto oscuro de mi mente las imágenes del trayecto recorrido; pero sólo pude rescatar las primeras de la ciudad, dejada a la luz incierta del alba.

Apartándome, entonces, del camino

me interné, sin rumbo, en el corazón de aquella soledad. De pronto, el cajón de un río escondido en la trampa de su maleza me detuvo. Por la llanura hendida El Salado se deslizaba en silencio, lenta y sigilosamente. Mis nervios, excitados por el frenesí de una carrera de horas, se distendieron en la paz campesina como la viva corriente de un arroyo, tras la brega terrestre, en el seno del mar.

Por la barranca hirsuta descendí. A la orilla del agua me fui liberando de las absurdas ropas ciudadanas. Mi cuerpo iba saliendo de ellas como un gusanillo de su celda, feo, con sus carnes pálidas de sombra y ciudad. Desnudo ante el esplendor solar, sin pudor de mi miseria, me sumergí en la frescura salobre, en un acto ritual de purificación.

Después me tendí sobre el yuyal en la hondura de aquel foso perdido en la infinitud de la pampa, desierta bajo el sol estival del mediodía. Sólo el ojo de Dios podía descubrirme. Y me veía sin duda. Algunos insectos trepaban sus cordilleras de terrones y diminutos pece-

* Prólogo (*Cómo emprendí este viaje*) y cuatro capítulos del libro de *Memorias*, inédito, titulado "Viaje al país de mi infancia".

Recuerdos de infancia

cillos nadaban en el palmo de agua de los charcos costeros. A medida que la placidez de la tierra me ganaba fui reconociendo imágenes, olores, formas y colores del país habitado en una vida anterior. Una dulce beatitud me envolvió. A través de la brecha abierta por estas sensaciones el tiempo pasado empezó a fluir. Cerré los ojos y, dejándome llevar por su corriente, inicié una blanda navegación por mi infancia remota.

Estas son algunas crónicas del viaje.

LA "a"

Las primeras lecturas filosóficas me revelaron que mi drama en aquella lejana tarde de mi infancia, fue el eterno drama del hombre, según el griego Alceon: no podía unir el principio y el fin en un círculo perfecto sin principio ni fin, al modo del Ser.

Doblado sobre el cuaderno hasta humedecerlo bajo el aliento de mi boca entreabierta —y, acaso, con alguna lágrima— concentraba en la obra todas mis fuerzas vitales que, sumadas sin transformarse, eran una sola fuerza bruta sobre el pobre lápiz, convertido en buril, del que salían mis aes en forma de peras unidas a inútiles pedúnculos.

Por desgracia, como todas las madres, la mía creía ciegamente en la inteligencia de su hijo; pero desconfiaba de su voluntad. Y estos dos prejuicios, conjugados, hacíanle ver en mis periformes letras mero capricho o indolencia; por lo que, cayendo, goma en mano, sobre ellas, las borraba con vigor, desviado de reprimidos moquetes, para sustituirlas por nuevos modelos trazados en rápidos movimientos, al tiempo que exclamaba; ¡así! ¡así!, con un acento que era un modo fonético de refregármelos por las narices. Y, sin revelarme su truco de prestidigitación, se iba, rauda como ha-

bía venido, envuelta en el repiqueteo de su paso menudo.

Su severidad había creado un clima de tensión y producido el desbande a mi alrededor. Quedé solo en el cuarto vacío, aguantando las ganas de llorar. Sabía que afuera brillaba el sol; mi primo Enrique andaría por los corrales, tío Bernardo podando sus manzanos, la tía Dominga buscando niales en el pajonal, y la tarde yéndose con los pájaros, el monte, los caballos...

De pronto, una alharaca de teros quebró el suspenso y los agudos de la tía Dominga anunciaron la llegada de un mercachifle en un carro cargado de baratijas; visita sensacional en aquella lejana estancia, casi inaccesible, aislada por cañadones, donde nadie, desde nuestro arribo, había puesto el pie.

Di un brinco; pero, anticipándose a la fuerza de la gravedad, la voz materna, venida no sé de donde, me repuso en mi asiento con estas sencillas palabras:

"No irás hasta que no hayas hecho la *a*."

Consternado, como en los primeros momentos de una desgracia repentina e irreparable, volví a la tarea sin fe, sin conciencia de lo que mi mano de autómeta dibujaba.

Mas; ¡oh, sorpresa!, ella, librada a sí misma, acaba de trazar un círculo perfecto. Yo lo contemplaba incrédulo. Sin embargo, la *a* estaba allí, hermosa, mirándome fijo, con su ojo bien redondo, enigmático, de lechuza, del que pendía una pequeña cola, semejante a una lagrimita.

¿Cómo la habría hecho? ¿le saldría otra vez?

Mi mano era muda, como su obra. Su hermetismo me indujo a dejarla en libertad, haciéndome el distraído, con la

Recuerdos de infancia

vaga esperanza que repitiera la hazaña. En esto estaba cuando apareció mamá; vio mi espléndida “a” y dijo con sorna:

“Parece que ahora podés. Basta, por hoy.”

Ningún detonante alcanzará la fuerza impulsiva con que estas tres últimas palabras me despidieron de la silla. Sus ondas iban aún por el éter cuando yo estaba ya muy lejos, en el corazón mismo de la tarde.

De esta manera misteriosa fue cómo, a los cinco años, resolví el problema metafísico de Alcmeon. Las historias de la filosofía no mencionan la proeza ni, menos, mi nombre; pero en el arte moderno —considerado hoy un medio de conocimiento— son muchos los que, creyendo imitar mi método, liberan conscientemente el subconciente. Y pueblan el mundo de híbridos mamarrachos.

Ignoran que mi círculo, donde el principio y el fin se unían de un modo tan perfecto que no había principio ni fin, no era obra de las fuerzas oscuras sino de mi clara inocencia.

Pero ¿acaso mi propia madre llegó a creerlo?

En verdad, no lo sé; a pesar de que muchos años después del episodio, siendo hombre maduro y abogado con clientela, intenté, repetidas veces, disipar la duda quemante contenida en el irónico fundamento de aquella suerte de sobreseimiento provisional: “Parece que ahora podés...”

Yo reabría el proceso en cuanta ocasión se me presentaba. ¿Pruebas? La declaración de ese testigo sobreviviente que había visto *por dentro*, de ese extraño que ahora era yo y juraba deponer sin complacencia. Mamá escuchaba mi cálida defensa del pequeño reo con una sonrisa entre burlona y divertida; pero

no se pronunciaba nunca. Y la causa no se falló jamás.

Fue mi mayor fracaso profesional.

EL LECTOR Y SU CICATRIZ

Papa, papa
toi qui sais tout
et lis dans tous les livres
et même dans les journaux
où les lettres sont si fines...

En mi caso, a la inversa de lo que ocurría en la vieja adivinanza, quien estaba a punto de saberlo todo, por su aptitud para leer de corrido hasta la menuda letra de los diarios, no era mi padre sino yo.

Esta habilidad y la cicatriz de una reciente operación de hernia —la única practicada en el pueblo, por el primer cirujano llegado a él— fueron los fenómenos que, a los cinco años, hicieron de mí un objeto de pública curiosidad.

La cicatriz era administrada por mamá. Bien se merecía esta satisfacción ella, que durante años sufriera en el alma las escoriaciones que los bragueros producían en mi carne, amén de la permanente zozobra en aquel pueblito desamparado, sin más recurso terapéutico que las purgas de un médico viejo, ignorante y bebedor.

En las tardes de visitas ambulaba yo, fugitivo y triste, por los aledaños de la casa hasta el momento en que la llamada fatal cortaba mi vagabundeo.

Entraba, entonces, a la soleada salita, oliente a bizcochos y vino generoso; en cada silla recibía un beso y un cumplido, sosos como el moblaje que alhajaba la habitación. Luego, tras algunas preguntas bobas, a las que nunca encontraba respuesta, era conducido por mi madre, seguida de las visitas, al dormitorio contiguo donde, tendiéndome sobre la cama, les mostraba, entre mis paños menores,

la cicatriz. Bajo mi insospechada docilidad, un pudor incipiente debatíase con el respeto religioso hacia esa estela leve, casi luminosa, que el paso de la ciencia había dejado en mi piel menguada e indigna.

Terminada la exhibición, con los pantalones en su sitio, retornaba lentamente, sin volver la cabeza, a refugiarse en mi soledad.

A su turno, mi padre presentaba al lector que mamá había hecho de mí. En cuanto llegaba un amigo, con repentina decisión de hombre activo, tendíame un diario que yo acercaba a mis narices como para olerlo —a causa de mi miopía— y leía a todo viento, sin pausa ni respiro, sin entender nada, un fragmento del editorial impenetrable, frente a cuyo esotérico hermetismo el visitante se mantenía respetuoso e indiferente, como ante la imagen de un Dios en el cual no se cree, hasta que papá, satisfecho, cortaba en seco aquel chorro.

Por unos instantes el amor paterno había malgastado sus margaritas en la fingida admiración del amigo; pero ahora éste, cumplido su deber de cortesía, hablaba con sincero interés de otra cosa.

Completamente olvidado, deslizábame de la silla con mi diario, símbolo de la gloria efímera.

MI ABUELA PATERNA

¿Dónde encontrar un tipo de abuela que me sirva para explicar cómo era la mía? Recorro mentalmente mi experiencia vital y las galerías novelescas y contemplo el largo desfile: *abuelas-bibelot*, puro encaje, volado y puntilla, perfumadas, coquetas, deliciosas, decorativas; *abuelas raíces*, rústicas, nudosas, astutas, cohesivas, mantienen la unión familiar; *abuelas-reliquia*, desecadas, momificadas, piezas de museo antropológico, objetos de curiosidad para visitar a ciertas horas;

abuelas reina-madre, nobles, dignas, altivas, en cuyas manos la sombrilla, el abanico, el impertinente o cualquier otro superfluo adminículo son transfiguraciones del cetro, emblema de la autoridad con que gobiernan el clan familiar; *abuelas-no abuelas*, independientes, despreocupadas, vivaces, amuchachadas, viajeras, canasteras, programeras y, a ratos, hasta abuelas; *abuelas por antonomasia*, *né grand-mère*, que lo son no solamente de sus nietos sino de toda la familia, con cuyo peso cargan hasta la muerte. Y tantas otras, innúmeras, que no me sirven de nada, porque no tienen ninguno de los rasgos de la mía y, sobre todo, porque ¿acaso sé yo bien cómo era mi abuela?

En la época de mis más remotos recuerdos ella estaba ya estacionada —sabe Dios desde cuándo— en una edad indefinible, inmutable, como si fuera su propia viñeta, la que yo quisiera copiar justamente aquí.

La vejez es un muro ante el cual los niños se detienen presintiendo, quizás, el misterio que esconde. Yo nunca supe los dolores, las alegrías, las peripecias que hubo detrás de la edad de mi abuela. Cuando sentí la ansiedad de saberlo, de conocer el sector de su vida pasada, advertí la soledad dramática en que me habían dejado quienes en vida hubieran podido responderme.

Al evocarla hoy en mi memoria, tan pequeñita que bajo su media capa cerrada al cuello y su pollera acampanada hasta el suelo parecía una gallinita echada, la imagino joven, rodeada del halo de sus diez polluelos, moviéndose en el medio semisalvaje en que vivía, con la intrepidez propia de la inocencia y del amor maternal.

Y al advertir que nunca oí elevarse el tono de su voz, ni vi una lágrima ni una sonrisa en la invariable placidez de su rostro, pienso que los años de vida dura

Recuerdos de infancia

en aquellas pampas primitivas de la rincónada del Siasgo imprimieron en su arcilla montañesa la serenidad, la resignación y la dulzura característica de los hijos de nuestras llanuras.

Con sus ojos hundidos, brillantes, impávidos, fijos, de Esfinge o de Diosa, contemplaba, desde la margen del tiempo, el curso de nuestras vidas. La serenidad del rostro velaba la dura luz de la mirada, perdonando de antemano lo que ésta descubría.

Tenía los cabellos cenicientos, la tez mate, usaba siempre ropas de tonos ambiguos; el todo se fundía en un acorde gris pardusco de paloma montera. Y, como el arrullo de ésta, su voz era un susurro ubicuo, milagrosamente audible, que traía, a través de los mares, la cadencia y el ritmo de la lengua hablada bajo el "bet ceu de Pau", acompasado por el metrónomo bearnés de los "¡té!".

En la edad definitiva en que la conocí, vivía ya en el pueblo. Su casa, oculta entre paraísos, a pocos metros de la plaza, era una pulcra cuevita hecha a su medida, como si ella misma la hubiera horadado para velar en las oscuras celdillas, la metamorfosis de sus últimas crisálidas, convertidas en dos hermosas muchachas que me cubrían de besos y me sonreían con sus blanquísimos dientes parejitos y sus grandes ojos, redondos y negros.

Un zaguán angosto, bajo, penumbroso, casi un túnel, dábale acceso.

Allí dentro la luz, las voces, los colores, todo, era apagado, afelpado, tranquilo; los muebles y los objetos aparecían en sus tonos naturales, sin ese brillo intimidatorio con que algunas amas de casa malogran la domesticación de las cosas y las mantienen semi-virgenes en su prosaica condición de artículos de bazar.

En lo más íntimo de aquella opacidad envolvente, inviolables armarios guarda-

ban, intactos, para mí, biscochos, dulces y golosinas.

Había también un pequeño jardín, tan interior y secreto como lo demás, en el cual solía silbar una invisible calandria. Entre sus canteros, bordeados del consabido boj, correteaba con mis tías, huyendo a veces de sus efusiones, para refugiarme en el ámbito sosegado de la abuela.

No faltaba, por último, la inevitable sala, estirada y fría, lugar de nadie, que con los asientos enfundados esperaba su inconfesado destino de recibir un novio algún día. En el centro, sobre una mesita de mármol con patas doradas, un gran caracol marino guardaba, en su más recóndito repliegue, el rumor del mar donde naciera. Al término de cada visita entraba yo tímidamente a ese santuario y pegando mi vil orejita terrosa a la otra enorme, rígida y nacarada escuchaba, trémulo, la voz grave y remota, que me parecía la voz de Dios traída por el viento.

Después devolvía el caracol a su altar con la unción y el respeto que inspiran las cosas presuntivamente sagradas.

Y regresaba a mi casa con el corazón ligero, como si saliera de la iglesia.

LA CASA, LA ESTANCIA Y YO

En el año en que nací, mi padre había comprado una casa recién construida —donde vi la luz— y fundado una estancia. Y así los tres —la casa, la estancia y yo— vinimos a tener la misma edad.

La primera tenía jardín, huerta, frutales, gallinero, cochera y dos potreros alfalfados; uno para la vaca, el otro para el caballo.

Un artista —"retirado", según decían— la había hecho edificar al borde de la población en que se enroscaba el río. Los gustos del vendedor —nunca supe

Recuerdos de infancia

qué arte había ejercido— se revelaban en las armoniosas proporciones del edificio, en la alegría que irradiaba su sencilla arquitectura y en el paisaje de colores claros con arroyo, puente, árboles y mucho cielo, pintado en la pared de la galería.

A esta última daban el dormitorio principal y el comedor; la salita y la cocina cerraban las cabeceras dejando abierto sólo el costado norte hacia un jardín circundado por un bello cerco de maderas pintadas de verde y sostenidas por un murete y pilares de mampostería color ocre.

Entre el jardín y la galería extendíase el patio de entrada a la casa, cubierto de crujientes tosquillas extraídas del vecino río.

En un ángulo del jardín bostezaba el pozo, arqueando la línea del cerco con la boca circular de su brocal. Junto a la immaculada blancura de sus ladrillos encalados un arriate brindaba su enorme bandeja oval de verdinegros berros.

Por último, al fondo, tres casuarinas altísimas, elevándose por sobre todas las cosas, como oscuros vigías, aullaban, lejanas y lúgubres, en las noches de viento.

El pueblo se había llamado El Salado (“paraje denominado El Salado”, dicen los viejos títulos); pero el ardor patriótico de los gobernantes, al elevarlo a la categoría de partido, suplantó este topónimo por el nombre de un prócer que destruía con la resonancia de su gloria la intimidad de aquel recodo encantador.

En cuanto a la estancia estaba en “el Oeste”, en el lejano Oeste de nuestra dilatada provincia, y consistía en media legua de pajonal donde mi padre, después de alambrar su perímetro, plantó un rancho como si clavara su propio estandarte, bautizando el recién fundado establecimiento con el nombre de Santa María, en homenaje a su mujer.

Yo lo conocí cuando los dos —Santa María y yo— teníamos siete años. Bajo una fina llovizna llegamos en break, después de nueve horas de tren. Ya había otro rancho, compuesto de una larga hilera de piezas, del color de su barro, un galpón de chapas y un montecito de paraísos y frutales, entre los que desaparecí mientras papá y su hermano menor —mi tío Emilio— iban mostrando con orgullo a mamá las construcciones hechas por sus manos. Aún mi pensamiento vagabundea, a veces, por aquel bosquecillo solitario velado por la lluvia, aún siento los cólicos que los duraznitos verdes y la mojadura me produjeron y oigo el materno responso inaugural de mi estada en Santa María.

Esta duró dos meses que los pasé sobre un petiso sebón, más bien un caballito criollo jubilado, gordo y casero. El día se me iba en un solo galope, de sol a sol, dividido en dos partes iguales por el puchero y el insomnio de la obligatoria siesta. Recorría el campo con mi padre y mi tío; ellos enlazaban, pialaban, capaban, curaban terneros agusanados; yo “ayudaba” cumpliendo órdenes cuya finalidad nunca descubría.

Para la yerra se paraba el rodeo. La hacienda, arreada hasta el centro del campo sin divisiones interiores, se mantenía dentro de un cerco vivo de caballos y jinetes. En cada “entrada” para hacer los apartes se producían un remolino y un desparramo; algunos animales rompían el sitio y entonces eran los gritos, las corridas, la persecución y el traer de vuelta a lonjazo limpio, a pechazos o prensados entre dos, a veces entre tres jinetes a los prófugos que volvían mujiendo, babeando, echando de soslayo miradas recelosas y escrutadoras en busca de una brecha para huir de nuevo.

Yo participé en aquella ocasión, con la consigna de atajar en una punta. Mi sector era tranquilo como el de un co-

Recuerdos de infancia

mandante en jefe. Desde mi puesto veía las maniobras y me iba cubriendo de gloria sin hacer otra cosa que integrar la partida con mi presencia.

Mas de pronto, como las olas que no se ven nacer ni se advierten sino cuando aparecen con el lomo hinchado creciendo arrolladoras, una avalancha se me vino encima y me rebasó por todos lados. Con más susto que convicción taloné mi petiso y le di rienda a izquierda y derecha alternativamente —casi simultáneamente— en un desesperado esfuerzo para detener la correntada; pero el colorado era cachaciento y reflexivo, no tomaba determinaciones así no más, sin previa meditación; por otra parte nuestras comunicaciones eran difíciles, se nos interponía el grueso cuero de su panza, a través del cual las órdenes transmitidas por mis talones le llegaban tan debilitadas

que más bien parecían súplicas. Ya los peones cubrían mi defección pasando a mi lado como refucilos y la voz de mi padre —que nunca se había levantado contra mí— me llegó, enérgica, desde la montonera, llamándome “muchacho de miércoles”.

“Volqué” hacia “las casas”. Esta vez el petiso me entendió en seguida y enfiló a media rienda como si hubiera estado reservándose para ese momento.

Llegamos; él alegre y retozón, preguntando la libertad; yo, llorando, a contar a mamá que ellos armaban los revoltilos dejándome, a mí solo, la tarea de restablecer el orden.

No advertía entonces que ésta era una manifestación precoz de mi destino. Después me he pasado la vida procurando arreglar los barullos que hacen los demás.